

Glosas

Kant

¿Podré decir, en paz y gracia de Dios y de todo el mundo, qué impresión me produce, en su matiz psicológico, la filosofía de Kant?

La filosofía de Kant cabría explicarla—metafóricamente, es claro, pero no demasiado impropiedades— como la manera de pensar propia de un sordo.

Ya se sabe. Secuencia frecuente de la sordera es el recelo. Quien adolece de aquel mal, y no lo compensa con una gran generosidad de espíritu—o con un magnífico orgullo—suele vivir inquieto por el prurito de vigilar, de controlar con suspicacia, cuanta vida transcurre a su lado, florecida en manifestaciones acústicas, cuyo directo y fácil conocimiento hurta al sordo el destino. No extrañemos que la desconfianza se vuelva su ley... ¡Cuidado con los engaños, simulaciones y disimulos, cuya falacia se guarece aun en lo más nuestro, en lo que más íntimamente nos toca!

El vulgo dice para ponderar la suspicacia de alguien, que hasta de su propia sombra desconfía... Kant es el que tuvo aprensión—una aprensión enfermiza y sublime—hasta de su propia verdad.

Esta aprensión no era completamente nueva en el mundo. Por lo que podemos colegir—dentro de la penuria de referencias y fragmentos—ya había sentido aquélla a su modo, y veintidós siglos antes, Zenón el Eleata. Pero lo que para Zenón de Elea no pasó, según todas las probabilidades, de una crisis, para Kant se convirtió en una afección incurable, en un mal crónico.

Tan crónico, tan incurable, que no sólo acompaña toda la vida del pensamiento de Kant, sino, a partir de él, toda la vida del pensamiento del mundo.

¡Qué gran cosa, la confianza antigua! El hombre se encontraba tan seguro de que su mente estaba dispuesta a abarcar las verdades como de que su mano estaba dispuesta a abarcar los objetos. Había verdades, como había objetos inasibles, sin duda. Pero lo aprendido, pero lo agarrado, bien aprendido, bien agarrado quedaba... Empezaron las dudas sobre la fidelidad de la mente, y se acabó. Es como cuando empiezan las dudas sobre la fidelidad de las manos.

¿Algunos razonamientos, algunos experimentos, podrán acaso devolvernos la confianza? Ya no será la misma.

Kant ha acontecido... No hay remedio para nosotros. Su recelo de sordo por lo que le rodea—o, con otro símil,

su recelo de candidato a la parálisis, sobre la capacidad prensil de las propias manos—son después los de toda la humanidad pensante. El encanto ya se deshizo. No se cree dos veces en los juguetes que traen los Reyes Magos. Y en esto, dejar de creer es dejar de obtener.

He aquí, pues, el segundo gran pecado intelectual del mundo, el más grave, después del Pecado Original. El hombre probó un día de los frutos del Arbol de la Ciencia. ¡Qué desgracia! ¡Los frutos estaban llenos de ceniza...! Pero le quedaba todavía la boca. El día en que el hombre llegó a sentir que también su boca era ceniza, se tornó dos veces desgraciado.

Dos veces desgraciado... ¿Dos veces noble?

...Esta, de todos modos, no es una glosa neo kantiana. Pero de aquí a lo que dijo, hace algunos años, en ocasión del centenario de la muerte, un profesor francés (y no precisamente, esta vez, por furia patriótica, sino por furia matemática) de su complacencia en adherirse a la celebración del centenario, precisamente porque era *el de la muerte* de Kant, va alguna distancia todavía.

Byron

Como las Glosas vienen estos días dedicándose a celebrar los centenarios recientes, siga, al recuerdo de Kant, el de Byron. Es decir, al de un pecado universal, el de un pecado inglés.

¿Qué pecado? La ambiciosa tentativa de alcanzar la belleza pagana sin poseer los órganos adecuados para ello... Este pecado se expía a la larga. Se expía en la prisión Reading y sobre la cabeza de Oscar Wilde.

Alguna vez he trazado el índice de los capítulos de tan atroz historia, de los cinco actos de esta tragicomedia: Byron, Shelley, Ruskin, Pater, Wilde... Medio siglo de tensión hacia la vida estética. Después de la catástrofe, aleccionado por la catástrofe, el anglo sajón vuelve a rezar salmos y a hacer negocios.

¡Byron! Nadie tuvo más voluntad de paganía que este satánico. Nadie tuvo más ambición de belleza que este cojo... Treitschke le riñe porque «no se encuentra jamás, en una vida tan rica, el pensamiento del deber». Me parece, al contrario, que habría que reñir a Byron, porque ni un solo momento deja de estar presente, no sólo en su vida, sino en su obra—con presencia importuna para cualquier goce contemplativo,—el pensamiento del deber, bajo la especie de *pensamiento de infracción del deber*...

A esta criatura de Eton, por no haber consumado hasta el fin, en tiempo apropiado, la condición de colegial, la condición de colegial hubo de acompañarle sutilmente toda la vida. Se la pasó, entera, «haciendo novillos». Lo cual no es ciertamente lo mismo que holgar.

El claudicante colegial sueña, sueña... Quiere ser un atleta griego, un tribuno romano. Pero su frenético individualismo le pierde. Siempre fracasará en la interpretación de la belleza antigua quien no se persuade de que no puede existir la belleza antigua, sino en obediencia a una tranquila sociabilidad. Un tribuno romano, un atleta griego son, si bien se mira, algo muy normal y hasta *prosaico*, en la vida romana, en la vida griega. Después de todo, una especie particular de funcionarios.

Quiere también Byron ser un héroe. Logra acaso ser un héroe. Pero, hasta en su combatir por Grecia, radicalmente bárbaro. No, clásicamente, héroe de la voluntad de victoria y de perfección; sino, románticamente, héroe de la voluntad de vencimiento y de ruina.

Asunto difícil, la belleza. No asequible si no se tienen fuerzas para eliminar catárticamente algunas turbaciones. Octavio de Romeu decía, en cierta ocasión: «No basta permanecer desnudo para parecer una estatua. Es necesario estar desnudo, con tranquilidad y donde haya gente».

Pi y Margall

Confieso que mi primer contacto de lector con la obra de Pi y Margall fué poco estimulante. Me cayó en las manos aquella su *Historia de la pintura*. Abrí y leí: «El arte jamás ha florecido bajo las tirantas»... Y en aquel día hube de hacer lo que, en el suyo, Paolo y Francesca—es decir, no leer más—aunque sin la misma compensación.

He superado más tarde esta impresión primera, y me he vuelto gran devoto hacia otros aspectos de la obra del insigne repúblico. La lucidez que supone su adopción del principio federal me parece maravillosa. Más aún que en lo referente al federalismo como doctrina, en lo referente al federalismo como norma mental. Lo que a mi entender da a Pi y Margall un alto valor, en la historia de nuestro pensamiento no es precisamente la regla por él predicada para que los Estados se organicen de tal o cual modo, sino el hecho mismo de que el autor de la teoría supiera, sin tropezar en la contradicción aparente, superando en áspera dificultad, salvar a la vez y con igual amor, el espíritu localista más diferenciado y el espíritu